

# EL MOTÍN

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

AÑO XVIII. MADRID 1.º ENERO 1898. NÚM. 1.º

## EL MOTÍN

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

#### PAGO ADELANTADO

Madrid y provincias, trimestre, 1,50 pesetas.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Número suelto, 5 céntimos.—Atrasado, 10.—Corresponsales, 25 números, 75 céntimos. La correspondencia al Administrador de EL MOTÍN. Cincuenta por ciento de rebaja á los suscriptores directos en los libros de esta casa. Almanaque de regalo.

### REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Plaza del Dos de Mayo, 4, segundo.

### DESAHOGOS

DE UN ESCARMENTADO... QUE NO ESCARMIENTA

A Ricardo Fuente.

«¡Si no quiero, si no quiero!  
¡Si he de irme al moriero  
diciendo siempre verdá!»

(Los celos del tío Macaco, pieza clásica-cañí.)

¡Valiente bombo me atiza usted en el número de *El País* de 27 del finado! Pero no es bombo; si lo fuera, usted no lo habría escrito. Es un elogio que juzga usted merecido. Y lo mejor del caso es que yo, el elogiado, opino como usted.

Un elogio merecido, sí; podrá haber y hay errores de detalle; pero en el fondo, en el conjunto, yo sé bien que merezco ser juzgado así.

Por lo que usted me dice y por lo que yo me digo, hartos se ve que no se escribió para mí lo de

estamos en un mundo  
tan miserable

que si uno no se alaba  
no hay quien le alabe,

pues que yo me alabo, á pesar de alabarme usted tanto.

No copiaré, en este número al menos, su artículo, mas tomaré pretexto de él para comenzar á decir algunas de las muchas cosas que guardo, no obstante haber dicho tantas. Ninguna ocasión más apropiada.

Y la primera cosa que he de decir, es que nos está pasando de algún tiempo acá á los republicanos lo que al que usa peluca ó se tiene la barba. Cree que se la da á todos, y ni siquiera se la da á sí mismo.

Todos estamos en el secreto de nuestra impotencia actual, mas ninguno lo decimos; por el contrario, tratamos de engañarnos, creyendo que los demás no han caído en la cuenta. Las causas de esa impotencia son varias; ya las iré apuntando. Nadie puede hacerlo con más facilidad que yo; me basta consultar los datos acumulados en EL MOTÍN.

Esto no es, ni mucho menos, confesar que el partido republicano carece de fuerza; la tiene y grande. Pero es una fuerza como la que representan las diferentes piezas de una máquina poderosa desparramadas por el suelo: hay que colocar cada una en su sitio y hacerlas funcionar para que la fuerza resulte. Y como no hemos encontrado mecánico que arme la máquina republicana que desarmó Pavía el 3 de Enero del 74, así nos vemos.

Muchas veces lo han intentado varios, con escasa fortuna siempre. El mecánico mejor se encontraba al final con que había colocado al revés una pieza ó se había olvidado de otra. Y vuelta á desarmar para armar de nuevo. Y al cabo de 24 años nos encontramos con algu-

nos trozos de la máquina bien agrupados, pero sin que pueda funcionar todavía.

No dudo sin pruebas de la buena fe de nadie, y concedo que la han tenido todos los mecánicos, sus ayudantes, y cuantos han opinado que debía comenzarse á armar la máquina por ésta ó por la otra pieza. ¡Y cómo dudar si yo también me he engañado! La única diferencia entre los demás y yo, es que ellos se han empeñado en sostener, aun después de ver el fracaso, que la máquina funcionaba bien, y yo he tenido la honrada franqueza de silbar á los autores, incluso á mí.

Por esto me he encontrado solo casi siempre, como lo estoy ahora mismo, y por esto casi todos han ido turnando en caer sobre mí, para venir, á la corta ó á la larga, á darme la razón. Y esta costumbre de estar solo se me ha impuesto de tal modo, que nada me contraría tanto como interrumpirla.

Estar solo con la verdad, ó con lo que por tal se tiene... ¡qué placer! Pregonarla y sostenerla... ¡qué voluptuosidad! Saborear de antemano, al coger la pluma, las injurias que los necios van á vomitar sobre nosotros, las calumnias que los malvados van á esparcir, las indignaciones risibles que los infelices van á manifestar... ¡qué satisfacción! Escuchar después los aullidos de las jaurías de impotentes; verlos resistirse, como el oso que el húngaro enseña en las plazuelas, á bailar al son que les tocan, para acabar haciendo piruetas grotescas... ¡qué alegría! Despertar odios sin grandeza, murmuraciones que son chismes, venganzas que se reducen á ahorrarse cinco céntimos que cuesta EL MOTÍN... ¡qué regocijo!

Y luego, saber que los eminentes, los egregios, los eximios se permiten aparentar que nos desdeñan, que nos desprecian, para venir á la postre á hacer lo que indicamos... ¡qué orgullo! ¡qué gloria!

¡Pero es que realmente estoy solo? No; más bien creo que no hay quien esté mejor ni de más gente acompañado. Conmigo están (más justo sería decir que yo estoy con ellos) los que luchan sin pensar en lo que les conviene, los que aman la verdad, los que trabajan por el triunfo de la justicia; estoy con los que, en condiciones para medrar en el campo monárquico, arrastran vida angustiosa en el republicano; con los que, aun cuando los desengaños sean grandes y las esperanzas chicas, se avergonzarían de sí mismos si alguna vez pensarán en cambiar de rumbo; estoy con los que, aun cuando lo callen, tienen el convencimiento de que seguimos un camino de perdición, y con los que, cada uno en la esfera en que se agita, ponen en la obra común el esfuerzo que les daría gran resultado si lo aplicasen á lo puramente personal. Con todos esos estoy, y como son tantos, parodio al poeta que dijo: *¡Qué espantosa soledad!* exclamando: *¡Qué soledad tan acompañada!*

Y termino por hoy, querido Fuente. Como verá si tiene el buen gusto (que sí lo tendrá) de leer este número, he debido dedicar á otros amigos unas líneas. En el próximo contestaré á otros puntos del artículo que usted me dedica, y que le agradezco mucho; porque si hay pocos correligionarios que nos hagan favor, hay menos todavía que nos hagan justicia, como usted me la hace á mí.

JOSÉ NAKENS.

### CARTA ABIERTA

Mi querido Nakens: En tu artículo del número pasado *Cartas boca arriba*, relatas lo que te ha sucedido con ciertos republicanos al demandar su ayuda en pro

de tu hermosa idea de publicar en folletos la ínicua historia del carlismo, y confiesas lealmente tu fracaso.

Permite que agregue á la historia del tuyo la de otros dos sufridos por mí en muy corto tiempo.

Cuando publiqué mi *Historia del partido republicano*, al ver el tristísimo abandono en que los correligionarios me dejaron, terminado el tomo primero quise suspenderla, no sin añadir una última página consignando el juicio que la conducta del partido me merecía, página que llevé en consulta á mi respetable amigo, D. Francisco Pi y Margall, el cual después de leerla me dijo:

«Tiene usted toda la razón de su parte. Ahora bien, antes de tomar tal determinación, reflexione usted si le conviene dejar la obra incompleta. Un tomo solo de nada puede servirle, y quién sabe si una vez terminada se logrará vencer la apatía de los republicanos.»

Seguí su consejo; primero, porque me pareció juicio, y segundo, porque aún conservaba alguna vaga esperanza; y como todo cuanto había ganado con mi patriótico libro *Los Guerrilleros de 1808*, lo había empleado en la publicación del tomo primero de la *Historia del partido republicano*, marché á Santander, donde obtuve de algunos cariñosos amigos los recursos necesarios para publicar el segundo y último tomo.

No estoy autorizado para revelarlo, pero creo no ha de molestarle, si declaro que, en un día de verdadero apuro, el marqués de Santa Marta acudió en mi auxilio con una nobleza y una generosidad que nunca agradeceré bastante.

Como el resultado del tomo segundo fué tan desastroso como el del primero, decidí emprender un viaje á Aragón, Cataluña y Valencia primero, y después á Andalucía, es decir, á las provincias más republicanas de España, convirtiéndome yo... ¡el autor! en propagandista de mi propia obra, y el resultado fué completamente nulo, pues los suscriptores que obtuve apenas si bastaron á cubrir los gastos del viaje, que te juro no pude hacer con mayor economía.

Quiero hacer constar que, al publicar la *Historia del partido republicano*, obra que para los demócratas debía ser algo así como la Biblia para los cristianos. es decir, un libro que todos debían poseer, lo hice fundado en no ser un desconocido en los partidos liberales, como lo indica esta ligera reseña de mi vida política: republicano en 1865, cuando apenas contaba dieciséis años; combatiente en 1866; revolucionario en 1868; otra vez combatiente, y emigrado en 1869, con el patriarca D. José María Oreense; representante y secretario en la mayoría de las Asambleas federales (entonces no había más que federales en España); redactor y fundador de varios periódicos; y siempre honrado con la amistad y la confianza de Oreense, Pi, Figueras, Castelar, Benot, Garrido, Salmerón, Guisasaola, Estévez y cien y cien más.

Pero volviendo al viaje... ¡Qué episodios!... ¡Qué escenas!... ¡Qué comedias! Perdona si, por un exceso de prudencia, mi querido Nakens, dejo de relatártelas!

Hubo hombre... pero, no; mejor es callar.

La ruina se consumió por completo, y tan cierto es lo que te digo, que tengo en tu casa y la mía cientos de ejemplares de la obra á disposición de mis acreedores, ya que los republicanos no los han querido.

A pesar de tan terrible golpe, ¡observa la coincidencia!, en los momentos mismos que tú pedías auxilio á los correligionarios en tu campaña contra el carlismo, se la pedía yo para volver á publicar la *Ilustración republicana*, que fundé en 1874; y como á ti, de más de 150 circulares dirigidas á republicanos, cuya lista conservo, sólo han contestado suscribiéndose ocho, cuyos nombres creo un deber citar: D. Francisco Pi y Margall, D. Eduardo Benot, don José Rubaudonadeu, de Madrid; D. Manuel Leita y don Santos Landa, de Santander; D. Joaquín Novoa, de Vigo; D. Francisco Linares Such y D. Francisco Lloret Bellido, de Alicante; uno, se ha excusado; y ¡140 han dejado sin respuesta mi invitación!

¡Ocho! No dirás que son muchos. Y ahora perdona una digresión.

Mientras yo vendí para el público en general, las ediciones de todos mis libros se agotaron rápidamente.

Quise hacer una obra para mi partido, y el resultado fué nulo.

El último golpe, y el que bien puedo llamar último desengaño, ha sido completo.

¿Querías saber lo que ciertos correligionarios podrían hacer en otros asuntos que no fueran el de tu invitación contra el carlismo? Pues ahí tienes datos sobre otros puntos y otras indicaciones.

Que hacer la historia de un partido, de sus propagandistas, de sus tribunos, de sus héroes y de sus mártires, era una idea de alto republicanismo, no creo que haya demócrata que lo niegue.

Que desear publicar nuevamente la *Ilustración republicana* (observa que ya no la llamaba *federal* con objeto de que los que no lo son no pudieran excusarse), en una época de revistas, uniendo el lápiz a la pluma para mejor propagar nuestros ideales, era un laudable pensamiento, no espero que haya quien lo desconozca.

Sin embargo los dos han fracasado.

Una salvedad antes de concluir.

¿Han fracasado por los de abajo? Nada de eso. La gran familia republicana está siempre dispuesta a todo género de sacrificios, pero es pobre y nada puede. Ni tú, ni yo nos hemos dirigido a los humildes, sino a los poderosos, es decir, a los que pueden, y ni tu invitación ni la mía han dado los resultados apetecidos.

Triste es que nosotros contemos nada de esto, pero más triste es que a esto nos obliguen. Aun así, sólo nos decidimos a hacerlo cuando las cosas han pasado, cuando hemos perdido las ilusiones, el único bien de la criatura, y con ellas la salud, el trabajo y el crédito, hallándonos sin medios para emprender otras obras y a disposición de nuestros acreedores, que, con justísima razón, nos exigen el reembolso de las cantidades que nos prestau para nuestras malogradas empresas de partido.

Lamento tu fracaso tanto ó más que lamento el mío.

Te quiere de corazón, tu antiguo y leal amigo

E. RODRÍGUEZ SOLÍS.

Madrid 27 de Diciembre de 1897.

RESPUESTA DE PAR EN PAR

Sabía algo, amigo Rodríguez Solís, de lo que en tu carta me dices; mas no creí que hubiera llegado hasta ese punto la indiferencia de los correligionarios hacia tu *Historia del partido republicano*.

Torpeza grande fué la de dedicar á enaltecer á nuestros hombres los tres mil duros que ganaste (debiste ganar cincuenta mil, dado su mérito) con la primera edición de tu gran obra *Los Guerrilleros de 1808*.

A poco que lo pensaras, habrías comprendido que, al elogiar á los muertos por lo que hicieron, censurabas indirectamente á los vivos por lo que dejan de hacer; y que al alabar á éstos, te exponías á que se juzgase irónica tu alabanza; tan poco valemós hoy en el terreno político y revolucionario. Une á esa torpeza la más inconcebible aun de poner precio á tu obra en vez de regalarla, y comprenderás perfectamente que debía ocurrirte lo que te ocurrió.

No supongo que ni por un instante hayas creído en que la falta de dinero impidió adquirir tu obra á nuestros correligionarios; mas si por natural bondad te inclinas á creerlo, fácil te será salir de tu error haciendo lo que voy á indicarte.

Emprende otro viaje á los mismos puntos; toma pretexto de cualquier cosa, el santo del día inclusive, para proponer la celebración de un banquete, y verás acudir en bandadas á los que entonces evitaban hasta el encontrarse contigo. ¡Ah! Si tuviéramos reunidas las cantidades que hemos digerido los 11 de Febrero, los días de constitución de Comités, terminación de Asambleas, reunión de Juntas, ó del santo de tal jefe, créeme que saldríamos á fusil por republicano y á cañón por cada millar, con las correspondientes municiones. Podemos bien, sin que se tome á jactancia, alabarnos de habernos comido la inauguración de la República.

Inicia al día siguiente la celebración de un *meeting* con carteles en las esquinas, esquelas de invitación, percalinas con letreros alusivos, oradores de tanda y de reserva, señoras á quienes piropear y decir que en su mano está el pandero, y ya verás con qué prontitud parece la cantidad necesaria para los gastos, aun incluyendo en éstos el agua y los azucarillos de rigor. ¡Ah! Si tuviéramos también reunido el importe de lo gastado en *meetings* y veladas cursis, y en telegramas y cartas de felicitación y adhesión á este ó aquel personaje, á uno ú otro programa, tendríamos de sobra para fundar una escuela laica en cada población importante, y no como ahora, que de las dos de niños que había en Madrid, acaba de cerrarse una.

Desconsolador como enseñanza ha sido lo mío; pero mucho más lo tuyo.

Bien mirado, lo mío se explica en parte. De mis apreciables correligionarios, unos no me perdonan el que yo no crea en los sacrosantos misterios que entusiasman á su maritormes; otros no olvidan que en tal fecha censuré la conducta de su jefe; éstos, el que los haya llevado á la fusión á palos; aquéllos, el que esté dispuesto á concluir con las farsas que aun sostenemos... Se les presenta ocasión de vengarse aunque sea pasando por mal educados, y la aprovechan. No los censuro; la venganza es un placer de dioses mayores, medianos y de á perro chico. Mentecato ha habido que ha escrito á un amigo suyo diciéndole que no enviaba nada para la publicación de los folletos, porque yo no aplaudo sus correrías revolucionario-cómico-lírico-bailables. ¡Ah patriota! Pensaría que iba á hacerme rico con su óbolo (de seguro no sabe ese lo que es óbolo). Que lo reserve para emplearlo en la reparación de la iglesia de su pueblo, como hizo hace tres años.

Si, hay que repetirlo; lo mío se explica en parte. Lo que no se explica es lo tuyo. Publicas un libro para enaltecer, glorificar y elogiar (faltando á menudo al octavo mandamiento) á los republicanos; sacrificas cuanto tienes por levantar el espíritu de los vivos con el ejemplo de los muertos; encuentras bien todo lo que hemos hecho, aun aquello que hicimos muy mal; conoces, por haber tomado durante muchos años parte importante en la política activa, á la mayoría de nuestros correligionarios; vas en persona á visitarlos, y nada consigues; ¿qué pensar de esto?

Lo que yo pienso, querido Enrique; que los republicanos carecemos de aquella fe en las ideas que llevaba en tiempos de los progresistas miles de duros en un día á la redacción de *La Iberia* para que luchase contra la reacción, y que desde el 1.º de Enero del 66 al 17 de Septiembre del 68 hacía el movimiento de Villarejo, el del 22 de Junio, y el de Llinás de Marcella para preparar el triunfo en Alcolea; y donde falta esa fe, no hay que contar con sacrificios ni abnegaciones; podrá algún hombre ó algún grupo tener en un momento dado un arranque... por vanidad ó por compromiso, pero nada más.

He hablado de *La Iberia*, y esto me hace recordar lo que ha ocurrido con la prensa republicana. No hablo de la de provincias, donde, salvo contadas excepciones, cada director de periódico es un héroe y cada propietario un mártir con vistas á un asilo benéfico; me refiero exclusivamente á la de Madrid. Todos los periódicos de fracción (partido, que decimos enfáticamente) han arrastrado vida lánguida á los seis meses de fundados, para desaparecer al fin. Unicamente dos, *La República* que sostuvo ocho años Santa Marta gastándose en ella unos 50.000 duros, y *El País* que aún sostiene Catena, habiéndose gastado más de 100.000, pueden presentarse como excepciones de esa regla. Esto es delirantemente apabullante y vergonzoso.

Y ahora que he citado á Santa Marta. Te aplaudo por el recuerdo que le dedicas. Todo lo que tiene de asqueroso el hombre que hace un favor y lo divulga, tiene de noble el que lo recibe y lo pregona. En el número de *El Morín* correspondiente al día 19 de Diciembre de 1896 decía yo, hablando de la guerra que me habían hecho nuestros correligionarios:

«¿Como he podido resistir esto? Ni yo mismo lo sé. Cuando se llega á ciertas situaciones, se pierde hasta la conciencia del estado en que uno se encuentra. Unicamente recuerdo, (porque para esto sí que no me falta la memoria ni me faltará jamás,) que á un amigo, cuyo nombre haré público cuando él me autorice, por más que sólo con indicarlo haya acudido á los labios de todo republicano, se debe la salvación del periódico.»

Aun cuando todos comprendieron que á Santa Marta me refería, quiero repetir aquí que á él era efectivamente. Ahora ha deseado ayudarme en la cuestión de los folletos, y no lo he consentido. Al amigo y al caballo no hay que cansallo. (Refrán antiguo).

También te aplaudo por la salvedad que haces de que no fué la familia republicana la que te reventó, sino los poderosos del partido. ¡Ah, los humildes, los desconocidos, los que á nada aspiran el día del triunfo!... Honda tengo ya la fuente de donde sale el líquido que afluye á los ojos, pero te confieso que desde Septiembre acá he visto los míos inundados varias veces, al leer las cartas que me enviaban los que no aguardaron una mía para decidirse.

Republicanos de posición modesta que no calculaban si al día siguiente necesitarían lo que me enviaban para combatir el carlismo; obreros que se privaban de lo absolutamente indispensable para contribuir á la obra y que se lamentaban de no poder hacer más; algunos hasta se disculpaban de no dar

mucho, cual si fuese un delito no ser rico... En *El Morín* figuran sus nombres. ¡Cuánta sinceridad la suya! ¡qué hermosas frases! ¡cuánto entusiasmo! Había carta que traía una peseta en sellos y cinco mil duros de amor á la libertad. Para éstos guardo mi agradecimiento todo entero. No aguardaron, repito, para responder, á que yo les enviase una carta que pudieran mañana sus nietos vender á buen precio á un inglés, si viniese la Inquisición y me quemara. Les bastó leer mi artículo para decir: «¡aquí estamos!»

A los otros, á los que poseen mi firma al pie de una carta escrita por mano ajena, les agradezco también lo que han hecho, pero á medias nada más; quiero que la otra mitad me la agradezcan ellos á mí, por el pretexto que les he dado para hacer ese sacrificio por la libertad.

He dejado intencionadamente para el final, por aquello de que los primeros serán los últimos, á los señores Gascón, padre é hijos. Sabiendo por experiencia propia lo mal que se anda desde hace tiempo por esta casa, se me presentaron al enterarse de mi propósito y me dijeron: «Cuente usted con nosotros para estereotipar los folletos, sin preocuparse por el pago.» Y lo vienen cumpliendo quitando horas al sueño, pues sus ocupaciones son muchas aparte el servicio que día y noche prestan en *El Herald*. Y merced al ofrecimiento de tan inteligentes, honrados y patriotas industriales, estoy preparado para inundar á España de folletos en pocos días si las circunstancias lo exigen. Estos no dan dinero, dan algo que vale más; tiempo que les falta para el descanso, material que compran, músculos, sangre, vida en fin. Quisiera tener algo más que mi amistad y mi admiración que ofrecerles.

Y ahora, Enrique, á seguir fatigosamente tirando de la carreta de la vida, que ojalá sea larga para que tus hijos puedan comer algún tiempo más. Y cuando acabes después de revolcarte desesperado en tu lecho al pensar en el estado que los dejas, llévate por único premio á tu consecuencia, á tu honradez, á tus afanes, la seguridad de que, si algún amigo como yo te sobrevive, escribirá un suelto, quizás un artículo ponderando lo que hiciste y alabándote como á hombre de pro; artículo que tus hijos leerán interrumpiendo los párrafos con sus sollozos, tal vez pensando en el problemático pan del día siguiente, y en que si hubieras sido algo menos honrado, algo menos digno, ellos habrían quedado en condiciones de poder serlo más.

Pero advierto que me he puesto fúnebre... ¡Ja, ja! Ríete como yo, y á escribir muchos libros que se vendan, que esto ya lo sabes hacer. Y para que se vendan, no se te olvide que la primera condición es que no traten de la República ni de sus grandes hombres. ¡De sus grandes hombres! Aquí sí que la cajada mía va á ser grande. ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!, ¡ja!, ¡ja!, ¡ja!—J. N.

Estaba corrigiendo las pruebas de este artículo, cuando llega el segundo correo del jueves y me trae una carta de un republicano cuyas iniciales son J. I.

No la publico, porque llevado de su patriotismo hace indicaciones que podrían perjudicarle en la profesión que ejerce. Ven á leerla, y te confirmarás en tu idea de que los de abajo responden siempre. Algo, no obstante, he de copiar, para los que no pueden como tú venir á leerla. Empieza así:

«Con profunda pena he visto en la crónica del periódico *El País* las dificultades con que tropieza usted para llevar adelante su grandiosa obra sobre los *Crímenes del carlismo* y el poco efecto que ha surtido su súplica á los correligionarios de posición para coadyuvar á ella».

(Aquí viene lo no publicable).  
«Y ahora vamos á otro asunto. Sólo cuento con 4.000 reales para mi subsistencia y la de mi esposa y una niña; si los necesita para salir adelante con su empresa, dígamelo, y yo mismo iré á llevárselos, y veré al paso si hallo ahí algún destino particular que me dé para cubrir las necesidades más perentorias de la vida.»

¡Y pensar que á un hombre que habla así sólo puedo ofrecerle *El Morín* mientras se publique, todos los libros de que dispongo, y un abrazo!

No dejes de venir á leer la carta, que te resarcirá de muchos desengaños.

Y VA DE CARTAS

Sr. D. José Nakens.

Mi estimado correligionario: Acabo de leer el último número de *El Morín*, y en él su hermoso artículo *Cartas boca arriba*. ¿He dicho hermoso? no he expresado cuanto quería, pero no retiro la frase: abra usted el diccionario, anote al lado de ese adje-

tivo todos los que encuentre apropiados para ensalzar y encomiar una cosa, y tendrá usted mi opinión acerca de ese artículo, que á muchos parecerá abominable, por la misma razón que el espejo es odioso para las feas que tienen valor para mirarse en él ó necesidad de utilizarlo.

No puedo resistir á la tentación de tomar la pluma y proporcionarme este ligero desahogo.

Cuando se ve, en esta época de convencionalismos hipócritas, que un hombre tiene el valor de decir la verdad contra todo el mundo, entran tentaciones de adorarlo, porque desde que Cristo expulsó á latigazos á los mercaderes del templo, esos ejemplares de entereza, de dignidad y de valor han sido cada vez más raros.

Después de él, hay que pasar en blanco diez y seis siglos para encontrarse con algo parecido en este arranque de nuestro gran satírico:

«No he de callar, por más que con el dedo

Ya tocando la boca, ya la frente,

Silencio acuses ó amenaces miedo.

¿No ha de haber un espíritu valiente?

¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?

¿Nunca se ha de decir lo que se siente?

Dicen que la verdad es hija del cielo; pero precisamente sólo tienen el valor de decirlo, de tarde en tarde, los que por decreto de la iglesia católica están expulsados de él. Yo me cuento, y á mucha gloria, en ese número y también me atrevo á hacer coro á los que la dicen.

¿Quién soy? Ni á usted ni á nadie le interesa. Por eso firmo como me parece; la verdad lo es por sí, independientemente de quien la dice. Si guardo el incógnito es porque nunca he buscado ni apetecido la notoriedad; pero como por otra parte no he rehuido jamás la responsabilidad de mis actos, quien sienta curiosidad por conocer mi nombre, no tiene más que decirlo. A la primera indicación lo verá escrito con todas sus letras, sin faltar un punto sobre las i. Y á mayor abundamiento y de añadidura, todo lo que el publicarlo lleve consigo.

Confieso que soy tan insensato, que no escarmiento ni en cabeza propia. Aunque por triste experiencia debía saber á qué atenerme en asuntos parecidos, no me explico el fracaso que usted, más práctico que yo, tenía previsto. Cuando leí su excitación á los republicanos para aniquilar el peligro más serio con que cuenta la libertad, el carlismo, cometí la torpeza de siempre: la de juzgar el corazón ajeno por el propio y creer en el éxito.

«¿Qué haría yo—me pregunté—en este caso, si fuera rico? Escribiría á Nakens, diciéndole poco más ó menos: «Amigo mío: su propósito me parece archi-excelente: eso era lo que yo buscaba sin haber dado con ello. Haga usted 25, 30, 50 mil ejemplares de cada folleto, escriba los que sean precisos y págeme usted la cuenta para pagarla. No le pongo á usted más que una limitación: la de que no cobre á nadie un céntimo por ellos; inunde usted de folletos á España para que todos los españoles los lean gratis.»

Y creyendo que todos eran yo, conté con el éxito, pero no con un éxito así como se quisiera, sino con un éxito colosal, asombroso; porque sabiendo que en el partido republicano hay algunos que pueden hacer eso con tanta facilidad como yo puedo dar cinco céntimos á un pobre, y con más facilidad todavía, sin dudar un instante de que habría quien tomase así la iniciativa, conté con la natural emulación que llevaría á algunos patriotas republicanos á acumular recursos, elevando á un millón los 50.000 ejemplares de cada folleto.

Y entonces—¡inocente de mí! hice también mi composición de lugar. ¡Vea usted si soy prevenido! Y pensé: «en cuanto suceda eso—porque para mí era artículo de fe que sucedería—me presento á Nakens y le digo: «yo no tengo dinero, pero tengo una pluma; utilícela usted en la medida que crea necesaria sin retribución y sin pensar en nada que de cerca ó de lejos pudiera parecer eso. Esta es una obra magna de patriotismo en la que cada uno debe poner desinteresadamente lo que tenga: usted, su iniciativa y su trabajo; los que tienen dinero, el dinero; yo pongo también lo que tengo, mi pluma, algo estropeada ya, pero con averías gloriosas, porque su desgaste es obra de veinte años de esgrimirla día por día en defensa de la libertad y de la República. Vamos á hacer inútiles, con el oportuno empleo de estas armas de la paz, el empleo de las armas de la guerra.»

Lo siento, pero tengo que reconocer mi derrota; una equivocación más entre tantas á que me ha llevado mi fe en las ideas y... en los hombres.

¡La fe en los hombres! esa ha sido nuestra perdición. Ya lo dijo Pí en su folleto *La República en 1873*: «Por cada hombre leal he encontrado cien traidores.» Ni siquiera el uno por ciento: ¡el uno por cada ciento uno!

Todo esto es revelación de cosas muy tristes. «¡Callémoslas!» dicen los prudentes, los acomodaticios, los bien hallados con la calma de los sepulcros en que vive nuestra sociedad y en la que diariamente mueren silenciosamente ó agonizan en la obscuridad miles y miles de infelices víctimas, no sólo de la explotación del trabajo, sino también de la explotación de las ideas, «¡Silencio, por el decoro del partido, por el amor á la idea!»

Es singular que no les entre la comezón del disimulo más que en estos casos. ¿Puede haber algo comparable á las cifras que usted presenta en su carta? ¿Se ha tenido en cuenta el prestigio de las ideas para producir ese escándalo, cien veces más perjudicial que todo cuanto se pudiera decir? ¿Ni qué tienen que ver las ideas con los que no son para sacrificar por ellas ni una parte mínima de lo que diariamente tal vez se destina á lo superfluo?

Ha procedido usted bien, muy bien—digan lo que quieran los hábiles—en dar publicidad á todo eso; primero porque no era justo que estuvieran al nivel del desdichado obrero que consagra á la causa de la República una parte del pan de sus hijos y el que no da nada de lo que le sobra, y segundo porque es hora ya de que dejemos de vivir de mentiras.

La nación sabe lo que puede esperar de las ideas y tiene derecho á saber lo que debe esperar de los partidos y de los hombres, derecho que constituye una obligación sagrada para los llamados á ilustrar su juicio por la prensa.

No faltará quien se sienta mortificado y herido, y aun quien se considere lastimado en su derecho á la consideración de los demás; ¿pero qué se le va á hacer? Ni ese derecho tiene el que carece del desprendimiento necesario para sacrificar en aras de la causa que le levanta sobre el nivel común ni el más ligero capricho. Los que á eso aspiren en esta época de general descreimiento, imiten á los humildes, que saben tener abnegación y fe, porque han pasado los tiempos en que era posible la fábula de *el león cazador*.

Es muy cómodo, después de elevarse sin trabajo gracias á la candidez del pueblo y sin otros méritos que el de la charlatanería, las más veces, ejercer tranquilamente de divinidad olímpica teniendo sólo para la República unas cuantas frases de relumbro y simpatía efectiva y eficaz con el enemigo. ¿Cómo ha de venir la República, ni se ha de afirmar siquiera el espíritu democrático? Nos admiramos de los 23 años de proscripción. Ni en veinte años ni en veinte mil vendrá de esa manera.

Gracias á la labor de usted se van dando á conocer esos Moises de cartón que hasta ahora han pasado por caudillos, y que empiezan ya á ser estimados en su propio valor. Ha llegado la hora de convencernos de que tanta grandeza, simple efecto de óptica por mirarla prosternados desde el suelo, se convertirá en verdadera pequeñez al levantarnos, en una pequeñez tal, que aun la miseria moral y material en que por su culpa está sumido este pueblo paciente parecerá una eminencia.

Como tenemos la fe que á ellos les falta, el entusiasmo que nunca han sentido, un desengaño más no produce en nosotros otro efecto que el de aumentar la ya larga lista de ellos. Usted, á pesar de su fracaso, persevera en su obra patriótica de combatir á sangre y fuego al carlismo. Sigamos adorando la idea, trabajando por su triunfo. No ha sido tan inútil como pudiera creerse labor tan prolongada, pues si ha servido para convencernos de que su escaso fruto se debe á la falta de hombres, servirá de enseñanza para los que vengan detrás de nosotros. La idea está sembrada y á ellos tocará la tarea de hacer demócratas, que es lo que falta.

Y basta por hoy, que harto le habré molestado, cuando podía haber salido del paso airosamente repitiendo con el poeta:

y aun no cabe lo que siento  
en todo lo que no digo.

Usted y los lectores y el pueblo saben ya por fortuna á qué atenerse y esto debe constituir la última esperanza para todos los verdaderos republicanos.

Siempre es su amigo y admirador

UN FEDERAL.

### NI CON QUESO

Querido *Federal*, seas quien fueres: Voy á responder á tu franqueza diciéndote todo lo ocurrido en este asunto, ya que callé lo principal en el número anterior. Es tan remilgada mi señora doña Verdad, que ni aun presentada por mí deja de hacer algún melindre.

Estaba (y estoy) tan encariñado con los *Folletos*, que antes de dirigirme desde *EL MOTIN* á los correligionarios, intenté vender á cualquier editor la her-

mosa obra de Sebastián Faure, *El Dolor Universal*, cuya propiedad y traducción tengo, obra de éxito indudable, vertida á todos los idiomas menos al castellano; y lo intenté renunciando á la ganancia que hubiera podido dejarme, con el santo propósito de aplicar su importe á combatir al carlismo.

También procuré ver si cualquier honrado usurero, monárquico ó republicano, (que también entre nosotros hay gente de esa casta), se atrevía á honrarse proporcionándome 10 ó 12.000 reales hipotecándole una imprenta con su máquina y todo; pero nada, no di con tan feliz y presidiable mortal, ni aun con la ayuda de mis queridos amigos el abogado Alfredo Carretero, el procurador Luis Soto, y el impresor Ricardo Fortanet. ¡Ah! Se me olvidaba. También don José Muro me dió una carta de recomendación para un agregio (?) republicano que presta al tanto por ciento.

Todo inútil; los del gremio plumífero tenemos crédito escaso, y hay que convenir en que no merecen gran censura los que nos lo niegan, ya que, desgraciadamente para nosotros, no siempre querer es poder.

Toda esta explicación se encamina á dejar sentado que, cuando me decidí á dirigirme á los correligionarios el 11 de Septiembre, había ya puesto en juego cuantos medios estaban á mi alcance para evitarlo.

Pero di el paso, y á fe que no me pesa, pues me ha servido, aparte lo recaudado, para convencerme de lo que ya sabía: que los de *abajo* se colocan siempre sobre los de *arriba* cuando de estos actos se trata. Y para que á nadie cupiese duda de que yo estaba en lo cierto al sostenerlo, me dirigí en carta circular á los *dinerosos* del partido, en la *seguridad absoluta* de que no responderían. Y lo prueba el que el mismo día 12 de Noviembre, que firmé la circular manuscrita, escribí una carta á mi amigo Miguel Moya, director de *El Liberal*, para que viese, él que conoce tanta gente, si encontraba, no ya un usurero, un amante de la libertad que me adelantase los indicados 10 ó 12.000 reales con la consabida hipoteca.

Entre los enterados de mi plan hubo quien se propusó á sostener que iban á desmentirme con su conducta los señores á quienes me dirigí; contestándole yo que me alegraría, por el partido y por los folletos. Ya habrá visto que el equivocado era él.

Una idea se me ocurre en este instante, que me hace sonreír. Es posible, casi indudable, que al recibir mi carta, algunos correligionarios se dijeran regojados: «ya cayó éste; el día que me califique de mamaracho, ó cosa parecida, publico este precioso documento, y lo aplasto.» ¡Infelices! Pueden romperlo, á no ser que hayan pensado darse pisto en los comités, demostrando, por el sistema de «papeles cantan», que un hombre de mi importancia ¡y olé! sabe que ellos existen en el planeta, que son republicanos y hasta que tienen posición social; sin advertir que, exceptuando 15 ó 20, de los demás nada sabía hasta que Ruez me puso las cartas á la firma. Este amigo fué, con Redondo Orriols, y con Juan Vallejo por de contado, de los pocos á quienes comuniqué mi plan; plan que se reducía sencillamente á demostrar con hechos la certeza de mi afirmación, de que la mayoría de los hombres que mangonean en el partido republicano se retraen modestamente en casos de esta naturaleza. Y eso que el pretexto que busqué era de tal índole, que incitaba á arrinconar añejas prácticas. Tratándose de otro asunto, un movimiento revolucionario inclusive, cabía discutir la oportunidad, la conveniencia, las probabilidades de éxito; mas tratándose de combatir al carlismo ¿qué disculpa cabía?

Ninguna realmente; y, sin embargo, esos correligionarios la han encontrado. Admiro su ingenio, aunque no me atreva á imitarlos.

Pero ahora caigo en que tal vez la causa verdadera de su desatención conmigo, sea la de que no quieran figurar en una lista de suscripción abierta para perjudicar al carlismo; santo temor digno de consideración y respeto, y que no seré yo quien censure. ¡Se establecen en ocasiones lazos tan misteriosos entre el hogar y la sacristía!

Y termino, amigo *Federal*, lamentando que fuese usted tan lila que creyera en la venida de un Mesías republicano del calibre que usted lo pinta, capaz de decir: «¡largue usted folletos por mi cuenta!» Si algún día llegamos á conocernos, obtendrá usted mi amistad, mas no mi confianza, que reservo para otros que no sean tan cándidos como usted.

Dése usted á conocer pronto para proporcionarme el placer de departir con el último ejemplar del romanticismo político.—J. N.

### POR LA LIBERTAD

Ha habido momentos tan peligrosos para los destinos futuros de este País, que no era sólo la integridad del suelo lo que en litigio andaba.

Amenaza mayor se cernía sobre nosotros, pues que nos hemos visto estrechados por toda suerte de conflictos, entre los cuales, sin duda alguna, adquiría caracteres más graves la feroz acometida de los odios de la reacción, concitados en conjuración antipatriótica contra la libertad y sus conquistas de los últimos treinta años.

Si por la orientación autonómica del partido liberal, es cierto que el horizonte se ha despejado un poco, en cambio, ¿quién responderá de que no ha de amagarnos nuevamente otra arremetida del tradicionalismo, que está en todas partes contrastando la influencia del progreso, como el jesuita en todos los sitios donde haya dinero que llevarse?

La vileza de sus almas es bien conocida. Aprovechan los momentos de debilidad, de mayor decaimiento, de más triste postración, para lanzarse á la revuelta y á la rapiña, rasgando con sus uñas envenenadas las entrañas de la Patria.

Esta debilidad de la Nación, que en tan difíciles problemas tiene hoy comprometidas sus energías, puede venir en un instante; vendrá al plantearse la insoluble cuestión económica.

Entonces volverán á cebarse, barriendo *pro domo sua*, los enemigos de la libertad, procurando asestar golpes de muerte.

Vivir apercibidos, con la entereza que la virilidad y las convicciones prestan, es la más saludable recomendación á que deben prestar oídos nuestros correccionarios y los amantes todos de la democracia.

Escritos los precedentes renglones, nerviosa sacudida he experimentado y horrible duda he sentido en mi alma.

Ved el origen. Abro EL MOTÍN. Leo un artículo de Nakens, donde echo de ver, como en todos los suyos, razón y sinceridad. Y he visto más. Y he visto... me cuesta trabajo convencerme—que hay muchos republicanos, de los que el día de mañana piensan ser ministros etc., etc., que ni contribuyen á combatir la reacción, ni muestran el más pequeño interés por tan humanitaria campaña.

Pero ¿qué pasa? ¿Qué horribles viceversas son éstos? ¿Dónde anidan aquellos hombres que enseñaron á los jóvenes de hoy á amar la verdad de la ciencia, á defender, hasta con el propio sacrificio, los ideales redentores en que se fundan las modernas democracias?

¿Qué miseria, qué podredumbre, qué vergüenzas se han apoderado de las almas de nuestros conspicuos, para que de tan infamante manera los que ayer estaban en la vanguardia los veamos hoy como medrosos y ridículos rezagados del progreso?

Porque yo entendía que existía mucha corrupción, que era general el desaliento, que era inevitable nuestra ruina, que era desconsoladora y casi irredimible nuestra situación; pero fiaba aún en que no todas las energías habíanse consumido, porque aún á los republicanos no llegaba la debilidad de la muerte. Pero ¿han llegado también para nosotros las miserias del bajo imperio?

¿Se perdieron las convicciones, y con ellas la virilidad? ¿Hemos llegado á ser mujercuelas resignadas con el triste papel de gimotear y plañir, en desquite de nuestra impotencia? ¿Sí? Pues protesto con toda mi alma de este deshonor. Y los que no tengamos por qué sonrojarnos, por pocos que seamos, ¡adelante! ¡A combatir los horrores del carlismo y de la reacción!

Siquiera por la libertad, hagámoslo.

FRAY VERDADES

(El Baluarte, Sevilla.)

SUSCRIPCIÓN PARA PUBLICAR

LOS FOLLETOS *Los Crímenes del Carlismo*.

Bilbao.—Un bilbaino.....	400
Madrid.—D. Federico Rubio.....	25
Idem.—Laureano Figuerola. Aplaudido de todo corazón lo que usted hace. Ojalá sean muchos los que le auxilien á usted en ese trabajo de dignidad nacional contra la barbarie.....	25
X.....	6
Idem.—Gabriel Rodríguez. Siento que mis medios no me permitan ofrecer mayor suma.....	15
Alcubilla de Avellaneda.—José Illana. Cuento siempre con mi persona y mi vida en beneficio de nuestros ideales.....	10
Jumilla.—Casimiro Jiménez. Por hoy no puedo remitir mayor cantidad, pero tenga usted la seguridad de que estoy siempre dispuesto á ayudarle en su obra patriótica...	25
Granucillo de Vidriales.—Para folletos.	

Los republicanos Felipe Alonso, 250 pesetas; Juan Barrero, 1; Tomás López, 0'60; Manuel García, 1; Manuel Delgado, 0'75; Francisco Zurro, 0'60; Claudio Barrero, 0'60; Lucas Martínez, 0'75; Román de Casas, 2'20.—Total.....	10
Bermeo.—Gregorio Garroño y seis compañeros.....	32
Pamplona.—Un republicano de Pamplona.....	5
Tordera.—Bonifacio Matas. Para folletos y libros.....	26'50

(Se continuará.)

COSILLAS

De *La Voz del Obrero* del Ferrol:

«EL MOTÍN, valiente semanario madrileño en lo que se refiere á combatir á los malos republicanos y á todos los que huelen á carlistas y jesuitas, hace la siguiente pregunta acerca de los hombres del republicanismismo en esta ciudad:

«¿Qué hacen de su republicanismo tantos que se dicen republicanos en esa población, tan dominada por el jesuitismo?»

Pues, caro colega, dedícanse: unos, á buscar infelices que quieran emigrar á América; otros entretienen en llevar cirios y varas de palios en las procesiones; y el resto, ocúpase en agasajar con frases más ó menos elocuentes á los satélites del capitán general, el cacique más grande que nos ha caído en suerte.

¿Queda usted enterado, MOTÍN?»

Sí, querida *Voz*... de verdad. Pero mejor quisiera no estarlo.

Son ya tantos los republicanos que van resultando clericales, con todas sus naturales y legítimas consecuencias, que al levantarme todas las mañanas me miro al espejo, no por coquetaría, si no por convencerme de que no me he transformado en fraile, ó en sacristán por lo menos.

¡Es tan terrible la influencia de las malas compañías!

DISPAROS

El casino de fusión republicana de la calle del Príncipe se ha cerrado.

¿Por falta de socios? Mal andamos de convicciones.

¿Por falta de unidad de miras? Mal nos vemos de fraternidad.

¿Por falta de dinero? Pobres estamos.

Sea por lo que quiera, mal síntoma es para la fusión, el que en Madrid no haya podido sostenerse un Casino fundado y patrocinado por el Directorio.

Si habrá llegado la hora de gritar: ¿sálvese el que pueda?

Una pobre madre, la que dió el ser al heroico soldado Juan Espantaleón Ruiz, fallecido en Sevilla á consecuencia de enfermedad contraída en Cuba, ha pasado por el dolor de tener que despojar al cadáver, ya amortajado, de las botas que le habían puesto, para empeñarlas y poder pagar con su importe al médico forense.

Ni las oficinas militares, ni ninguna de esas sociedades benéficas que tanto bombo se dan por sus obras de caridad, ayudó á la pobre madre del héroe para enterrarlo decorosamente; por poco no queda insepulto.

Cuando se ve esto y se piensa en esos aspirantes á presbíteros que están libres de quintas y entretienen sus ocios en escribir proclamas carlistas y adhesiones á don Carlos... dan ganas de emigrar y que venga ese representante de la hampa regia con sus Cucalas, sus Rosa Samaniego, sus Savalls, sus Santa Cruz, y demás eminencias del crimen, á dar su merecido á tanto liberal de estuco como por aquí tenemos; y cuando hubiéramos barrido esa mala semilla volver nosotros para echarla á puntapiés.

Sin carlistas y sin liberales de pega ¡qué país tan dichoso sería España!

El día 24 se verificó en Sagunto la acostumbrada manifestación anual en memoria de las víctimas sacrificadas por el feroz Cucala y sus hordas.

El entusiasmo, como nunca. Los liberales de Sagunto han realizado una hermosa protesta contra el carlismo, nunca tan oportuna como en las presentes circunstancias.

Los felicitamos, y deseamos que los de toda España los imiten.

¡Todos contra el carlismo y sus amparadores! Tal debe ser hoy el grito de los españoles honrados.

Muere en Burjasot el soldado procedente de Cuba Jaime Bartual, que el día antes otorgó testamento en forma ante notario haciendo constar que no pertenecía á la religión católica, que quería morir fuera de su seno, que la visita que le había hecho un cura en ausencia de su padre, para obtener la conversión, no dió resultado alguno, y disponiendo que su cadáver fuese enterrado en el cementerio civil.

¿Green ustedes que la Iglesia, después de estas declaraciones, se negó á dar sepultura al cadáver? Todo lo contrario; le reclamó como suyo, y el juez municipal, carlista y servidor de los clericales, mandó que lo enterrasen canónicamente á pesar del testamento, á pesar de las leyes.

¿Cuándo nos convenceremos de que mientras el carlismo aliente, no será posible la vida de la libertad en España?

Ocurríesele á los patriotas de Tortosa celebrar unos funerales por los soldados muertos en Cuba, y ponen una mesa petitorio á la puerta de la iglesia para hacer un donativo á la Cruz Roja.

Se recaudaron 116 pesetas, pero como los curas cobraron por el funeral 125, resultó un déficit de 9.

De modo que si no se les ocurre á la vez dar una función de toros en la que trabajaron gratis los toreros, los iniciadores hubieran tenido que poner dinero de su bolsillo.

Esos son los curas. Para ellos hasta las desgracias de la patria son materia explotable como pueden serlo para la Trasatlántica.

A *El Correo Español* le consta que no hace mucho tiempo se envió á don Carlos un mensaje de adhesión firmado por 156 clérigos de la provincia de Tarragona.

Como eso constituye un delito previsto en el Código penal, suponemos que á estas horas entenderán los tribunales en el asunto.

Buena ocasión para poner en claro lo que ha sido de las 4.000 y pico de pesetas que, según dijimos en el número anterior, importa lo recaudado para el dinero de San Pedro en la misma provincia de Tarragona.

Porque parece que allí está ahora el foco de la conspiración carlista, y el núcleo principal en el Seminario, de donde salen adhesiones á don Carlos y proclamas á la juventud escolar.

Y para probar que no hablamos de memoria, véase lo que dicen los seminaristas carlindas de Tarragona á los escolares (¡vaya unos escolares!) carlistas de Madrid.

«Valor, queridos compañeros; afrontemos toda clase de peligros... y abriguemos la convicción profunda de que siempre firmes en la brecha cumplimos nuestro deber, hoy en la propaganda legal y pacífica, mañana... en el terreno á que el deber nos llame, mereceremos bien de Dios, de la patria y del Rey.»

Para eso se concedió á los seminaristas el privilegio de exención del servicio militar.

Proponemos, como medida de gran conveniencia y de alto patriotismo, que se les envíe á demostrar su heroísmo á Cuba, ya que se hallan tan dispuestos á verter su sangre.

Así ahorrarán á los liberales el trabajo de hacerse la verter:

NUEVOS FOLLETOS

Folleto 31.

MÁS CARLISTAS CONTRA DON CARLOS.—ACUSACIONES TERRIBLES.—JUICIOS SEVEROS DE LA PRENSA EXTRANJERA.—DON CARLOS TACHADO DE DEMENTE.—HECHOS QUE HACÍAN SUPONERLO.—LA FARSA LLEVADA AL COLMO.—SU INCAPACIDAD RECONOCIDA.—OPROBIO EN SU RETIRADA

Folleto 32.

IDEAS CANALLESICAS DE DON CARLOS SOBRE LA MORAL.—EL ROBO, UN IDEAL DEL CARLISMO.—LA DESTRUCCIÓN, OTRO IDEAL.—EL ASESINATO, OTRO IDEM.—EMPLUMAMIENTOS.—DAMAS CONVERTIDAS EN FIERAS.—EL HERMANO DEL *Chapa* RECLAMADO POR LOS TRIBUNALES

Folleto 33.

ENTRADA DEL REY BUFO EN ESTELLA.—EL REY RÍDULO.—EL REY CÓMICO.—EL REY ZASCANDIL.—EL REY LIBRE.—EL REY ALEGRE.—EL REY SACAMUELAS.—EL REY INGRATO.—EL REY SIN DIENTES.—EL REY MEDROSO.—EL REY MORMÓN.—EL REY ESTÚPIDO.

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.